

# **The Multiple Constructions of Uncertainties and Crisis in Contemporary Argentina. An Anthropological perspective**

Mariano D. Perelman

Universidad de Buenos Aires- CONICET [mdp1980@yahoo.com.ar](mailto:mdp1980@yahoo.com.ar)

## **Short abstract**

A partir de abordar tres casos la ponencia reflexiona sobre las múltiples formas en que se construye el estar en crisis en Argentina. Daré cuenta de cómo la noción de incertidumbre, inseguridad social, política y económica no puede entenderse sino de manera histórica y en función de los anclajes grupales y de clase.

By addressing three cases the paper discuss on the many ways in which (being in) crisis is construct in Argentina. I will show how the notion of uncertainty, social, political, and economic insecurity can only be understood within an historical perspective and in terms of group and class anchors.

## **Long abstract**

En los últimos años el discurso sobre la crisis global ha ido ganando relevancia como una realidad dada y global. En Argentina los índices económicos y sociales sin embargo, han recorrido otro camino. Los índices de desocupación, desigualdad, pobreza en el último lustro han descendido notablemente así como han crecido de forma considerable los índices de seguridad social. Pese a ello, y con la persistencia de grandes problemas sociales y económicos, Argentina *también* es vista como una sociedad *en crisis*. El indagar en tres casos (la relación de las clases medias con el dólar estadounidense, la vivencia de personas dedicándose a la recolección informal de residuos y los vendedores ambulantes de la ciudad) el trabajo pretende contribuir a comprender el modo en que la crisis es vivida, imaginada, creada en relación a marcos históricos nacionales, grupales y de clase que no pueden entenderse sin centrarse en los imaginarios en torno a un modelo de país y de vida, sin indagar en las trayectorias individuales y colectivas así como en las pugnas de poder de diferentes grupos sociales en el que el Estado tiene un rol central. De esta forma, el trabajo busca contribuir desde una mirada antropológicas a comprender la complejidad de los procesos sociales actuales a nivel nacional (Argentina) pero también global mostrando los entramados discursivos y de acción que construyen las crisis actuales.

In recent years discourses on global crisis has been gaining importance as a given reality. In Argentina the economic and social indices however have moved out another way. In the last decade unemployment, inequality, and poverty rates have decline for example have declined significantly and social security have grown considerably. Despite this, and with the persistence of major social and economic problems, Argentina is, for many, seen as a society in crisis. By addressing investigate three cases (Middle classes and its relation with the U.S. dollar, the experience of people living on the informal waste collection, and the ambulant vendors in the city of Buenos Aires) this work aims to contribute to understanding on how the crisis is lived, imagined, and created in relation to national, group and class imaginaries that cannot be understood without focusing on imaginary around a model of a Country and the idea of a way of living, without inquiring into the individual and collective trajectories, and focusing on power struggles among different social groups in which the State plays a key role. Thus, this paper seeks to contribute from an anthropological perspective on the understanding of the complexity of current social processes at the national level (Argentina) but also in a Global level by showing the framework of discourse and action that build the current (idea) of (world) crisis.

# **The Multiple Constructions of Uncertainties and Crisis in Contemporary Argentina. An Anthropological perspective**

Mariano D. Perelman

## **Introducción**

Desde que soy chico escucho que por alguna u otra razón Argentina está en alguna crisis: económica, social, política, moral, alimentaria, financiera, de gobernabilidad, etc. Estas crisis no siempre remiten a la esfera de lo “económico” aunque parecen –generalmente- ya sea originarse o impactar en ella<sup>1</sup>.

En la actualidad, y a contramano de lo que pasa en varias regiones del mundo, Argentina ha mantenido un ritmo sostenido de crecimiento económico y de inclusión social. El producto bruto interno (PBI) argentino, por ejemplo, creció en la década Kirchnerista (2003-2013) a un promedio anual de 7,3 %<sup>2</sup>, el porcentaje de éste dedicado a educación entre 2003 y 2011 pasó del 3,77 % al 6,47%. Ello se vio acompañado por la creación de 12 universidades nacionales (públicas, libres y gratuitas). Según un informe del Banco Mundial, el sistema previsional (re estatizado en 2008) cubre hoy casi al 95 % de la población. La creación de la Asignación universal por hijos (y más tarde la asignación por embarazo), el creciente nivel de sindicalización, entre otros procesos, han generado un proceso redistributivo e inclusivo que ha sido criticado por ciertos grupos por los modos y por ser “populistas”<sup>3</sup>.

Pese a este crecimiento económico –y de inclusión social- para muchos, Argentina está sumida en una gran crisis social, política, moral y, por supuesto y sobre todo, económica. El discurso hegemónico actual sobre la crisis, en mi país, está ligado a un tipo de explicación (neo)liberal del deber ser del funcionamiento (neoliberal) de la economía. La crisis se produce, dicen, por malos funcionamientos de la economía (por políticas “populistas”, por corrupción, por falta de libertad de mercado, por la intervención del Estado) que nada tienen que ver con pugnas por la distribución de la riqueza o por la imposición de valores sociales. Esta explicación no sólo es proporcionada por los economistas. Argentina es una sociedad que durante la década neoliberal (1989-1999) se ha transformado en una sociedad más individualista (Svampa, 2005) en el que los economistas tienen un peso importante en la construcción de verdad (Neiburg, 2006).

(Visacovsky, 2011) decía que lo crítico<sup>4</sup> -y podría decirse que la crisis como un momento de ruptura- no puede pensarse prescindiendo de una idea de normalidad perdida (y como estado a recuperar). La normalidad, entendida como el flujo de previsibilidad en la vida cotidiana, “representa un modo necesario al cual apelan

---

<sup>1</sup> Dejo de lado, por supuesto, los momentos de crisis por *desastres naturales* como terremotos, erupciones volcánicas que, también, tienen sus efectos económicos.

<sup>2</sup><http://www.eldiplo.org/index.php/archivo/167-kirchnerismo-balance-de-una-decada/que-dicen-los-numeros/>

<sup>3</sup> Una nota llamada “La recurrente manía del igualitarismo” de Alberto Benegas Lynch (h) publicado en el diario *La Nación* –uno de los periódicos de mayor difusión nacional, de los más antiguos y claramente aliado con las corrientes liberales- el 6 de enero de 2014 resulta paradigmática para comprender estas “otras visiones” sobre los procesos que actualmente ocurren.

<sup>4</sup> Entendiendo a las situaciones extremas o estados críticos como formas de destrucción que amenazan la continuidad de la vida colectiva o que cuestionan seriamente sus fundamentos, llegando incluso a poner en cuestión la posibilidad misma de su existencia (Visacovsky, 2011)

los actores para definir el mundo en el que viven y el curso de las acciones propias y ajenas” (Visacovsky, 2011, p. 38). Las crisis, creo yo, no sólo remiten a una idea de normalidad perdida sino también una normalidad “imaginada” con la que se juzgan los modos de vida. Abordar tres casos que conviven y que cuentan con distintas temporalidades –la relación de las clases medias porteñas con el Dólar estadounidense, la vivencia de personas dedicándose a la recolección informal de residuos y los vendedores ambulantes de la ciudad- permitirá dar cuenta de esta complejidad en torno a la noción de crisis y me posibilitará abordar las diferentes temporalidades de las (múltiples vivencias) crisis y poner en tensión la idea de *la crisis*. Intentaré argumentar dos cosas. La primera es que las crisis dan cuenta de luchas de poder que pueden expresarse en argumentos morales en torno a las condiciones de vida. La segunda es que las personas de carne y hueso viven los procesos sociales de manera diferente en función de sus trayectorias sociales y expectativas de vida. Así, es posible abordar cómo los sujetos construyen y lidian con las crisis. Estos dos argumentos vistos en relación permiten dar cuenta de la complejidad existente en la construcción y en la producción de sentidos no ya en torno a la crisis sino en relación a los procesos de poder y a los modos en que se configuran los derechos sociales. En este sentido, la noción de crisis que suele estar centrada en su vertiente económica obstruye las relaciones de poder en torno a los procesos sociales.

Indagar en la recolección informal de residuos, conocida como *cirujeo*, permite comprender cómo miles de personas que *cayeron* en la pobreza hacia fines de la década de 1990 y comienzos de la siguiente, pudieron lidiar con la situación de estar desempleados y de recurrir a una actividad históricamente estigmatizada como forma de ganarse la vida. A la vez, posibilita entender que los momentos de crisis no son sólo tiempos de padecimiento sino también de reacomodamiento y confortabilización de las trayectorias sociales.

La relación de los porteños de clase media con el dólar por ejemplo, es paradigmático para dar cuenta de ese algo más que se juega en la (idea de) crisis: la crisis como falta de libertad individual y de la pérdida de *privilegios de clase* que la diferencian de los sectores populares. Como bien ha trabajado la antropología, las identidades son relacionales y contrastativas. La lucha por mantener privilegios en torno a pautas de consumo (propongo pensar el acceso al Dólar como una forma de acceso al consumo –que como bien se sabe es productor de identidades) diferenciales se pone en juego en el marco de ciertos valores de clase que la prohibición de comprar dólares desde 2011 vino a socavar<sup>5</sup>.

A partir de la venta ambulante, por su parte, se pueden comprender las transformaciones ocurridas en los últimos años. El análisis de las percepciones de

---

<sup>5</sup> Mientras termino de escribir este trabajo el gobierno ha debido, a fines de enero de 2014, volver a dejar comprar Dólares.

los vendedores –enmarcadas sus las trayectorias sociales y de la clase- posibilita comprender cómo ciertas actividades que suelen ser pensadas como formas de refugio ante la crisis lejos están de serlo. Al mismo tiempo, a partir de la venta de productos y la forma en que se presentan para ser vendidos es posible comprender los significados sociales de las mercancías y su relación con la economía (y las crisis), dando cuenta de las múltiples percepciones en torno a la situación del país.

A partir de aquí el trabajo pretende contribuir a comprender el modo en que la crisis es vivida, imaginada, creada en relación a marcos históricos nacionales, grupales y de clase que no pueden entenderse sin centrarse en los imaginarios en torno a un modelo de país y de vida. Esto es pensar que crisis es una categoría nativa apropiada de manera diferente por distintos grupos. Para ello resulta necesario indagar en las trayectorias individuales y colectivas así como en las pugnas de poder de diferentes grupos sociales en el que el Estado tiene un rol central. De esta forma, el trabajo busca contribuir desde una mirada antropológica a comprender la complejidad de los procesos sociales actuales a nivel nacional (Argentina) pero también global mostrando los entramados discursivos y de acción que construyen las crisis actuales.

Si bien el trabajo no busca dar cuenta las causas de las crisis, sino comprender el modo en que las personas de carne y hueso las viven y construyen concordamos con (Narotzky, 2013, p. 13) en la necesidad de “conservar la tensión entre las distintas escalas de análisis que son experimentadas simultáneamente por los sujetos históricos concretos. Además necesitamos conservar la tensión entre realidades abstractas y concretas de nuestro análisis en lugar de escoger entre una u otra”. De no ser así, reproduciríamos los procesos de desigualdad que generan formas culturales hegemónicas sobre las que se sustentan las desigualdades. Con esto quiero decir que una cosa es comprender y otra es avalar o estar de acuerdo. El texto entonces, indaga no sólo en cómo las personas lidian con las crisis sino cómo la construyen. Esto me permite correrme de las visones reduccionistas en torno a las crisis actuales *qua* –meramente- económicas y dar cuenta de las relaciones de poder en la producción de las crisis.

Uno de los problemas principales para sostener una versión economicista sobre las crisis es pensar que todos estamos de acuerdo que en un momento las cosas van bien o van mal. Esto es parte de la fuerza que ha adquirido cierta economía como discurso único y que es el componente central que afecta a todos los otros ámbitos de acción de la vida cotidiana. Las personas parecen ser racionales en sus decisiones laborales, de ahorro, de gastos, etc. que buscan maximizar el uso de medios para lograr ciertos fines. Es sabido que en antropología las corrientes sustantivistas y marxistas han cuestionado hace tiempo esta visión que sigue imperando en grandes ámbitos de la sociedad que ha olvidado que la economía es un discurso (y una práctica) hegemónica. Durante la década de 1990, en el marco

de la implementación de la cultura neoliberal los “técnicos” se transformaron en los poseedores de los conocimientos objetivos. Encabezaron esta estocada “anti política” los economistas.

A partir de abordar diferentes casos, es posible asir las crisis como procesos complejos y a la categoría como nativa. Podríaseme objetar que el funcionamiento de la economía o de la realidad es un todo. Y lejos estoy de objetar esta afirmación. La “economía”, la “política” afectan a todos los sectores y los procesos están interrelacionados –por no decir que son parte de lo mismo. Las pujas distributivas, las ganancias extraordinarias de los grupos económicos, la fuga de capitales afecta a los sectores populares, y en términos de condiciones de vida mucho más que a la clase media. Ahora bien, insisto, lo que me interesa argumentar es el modo en que estos procesos son vividos por los actores. Y como ellos, en tanto marcos subjetivos van sedimentando procesos objetivos para la construcción de la realidad.

### **1- El cirujeo**

Cuando empecé a hacer trabajo de campo en 2002 con los cirujas la desocupación había tocado límites inusitados. En octubre de ese año las personas bajo la línea de pobreza en la Región Gran Buenos Aires –Ciudad de Buenos Aires y partidos del Gran Buenos Aires- era del 54,3 %<sup>6</sup> y la desocupación del 17,8 %. Este proceso se había iniciado en la última dictadura cívico- militar (1976-1983): según la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC<sup>7</sup>, en abril de 1975, el desempleo era de 2,4 %, llegando a 2001 al 17,4 % (con un pico sobre el 20 en mayo de ese año). De la misma forma, el subempleo pasó de 4.7 % en 1975 a 15.6 en 2001. A partir de entonces, los índices de desempleo y pobreza descendieron de manera notoria y constante durante los gobiernos kirchneristas (2003-2007; 2007-2011; 2011 en adelante). La desocupación, en la Región del Gran Buenos Aires pasó de 21,7 % en el primer trimestre de 2003 a 7,4 % en el tercer trimestre de 2013.

En todo este proceso, desde mediados de la década de 1990, miles de personas acostumbradas a ganarse la vida mercado de trabajo, recurrieron al *cirujeo*. Y muchos ellos, luego pese a los altos índices de empleo, quedaron ligados a él<sup>8</sup>.

Con la implementación de las políticas neoliberales durante los gobiernos menemistas (1989-1999), el desempleo alcanzó a sectores medios de la población que iban “cayendo en la pobreza”. Durante estos años (salvo en 1995, producto de la “crisis del tequila” mexicana), Argentina parecía ser una economía “sana” y en crecimiento. Las privatizaciones de los medios de transporte, de los recursos naturales, de los servicios públicos, el achicamiento del Estado haría que éste,

---

<sup>6</sup> En la ciudad era del 22 %

<sup>7</sup> <http://www.indec.gov.ar/>

<sup>8</sup> Parte de la explicación de ello puede encontrarse en (Perelman, 2011a)

según los gurúes del establishment, funcionase de manera eficiente. La paridad del peso y el dólar permitía a los sectores medios viajar por el mundo, la apertura económica hizo llegar productos importados, los “expertos” (los técnicos, los economistas) controlaban el país y no permitirían que la política interfiriese con la marcha del país, un problema recurrente, decían, que trabajando de manera “objetiva” se solucionaría.

En este contexto en el que la “economía iba bien” pero las personas vivían cada vez peor, se comenzó a hablar de “nuevos pobres” (para diferenciarlos de los pobres estructurales). Estas personas, si bien no tenían ingresos suficientes, contaban con otros “capitales” que los diferenciaban de las personas pobres que venían de generaciones de pobreza. En paralelo con esta idea, estos nuevos recolectores, en una suerte de analogía, fueron vistos como los “nuevos cirujas”, “recolectores coyunturales” (Schamber, 2008) o “por caída” (Suárez, 2001) para contraponerlos con los cirujas que venían haciendo la tarea previo a la crisis, los que ahora se llamarían “cirujas estructurales”. Para estos nuevos recolectores, vivir de la basura fue una situación desconocida. Si bien gran parte de ellos, en realidad, nunca habían tenido un empleo estable, estaban acostumbrados a ganarse la vida *trabajando*. Habían podido *rebuscárselas* accediendo a diferentes formas de ingreso (*trabajo*) que les permitían estar acostumbrados a vivir en situaciones que para muchos podrían ser pensadas como de “incertidumbre” (ver Ullberg, 2013). Ellos estaban ahora “sin trabajo”. Scheper-Hughes (2008) decía que para los que viven en el primer mundo, la crisis “es entendida como una anomalía temporal ligada a un evento particular” y que “asumiendo que éste representa un evento aislado, las secuelas del trauma original, revivido como un ‘recuerdo traumático’, puede ser peor que la experiencia original. Sin embargo para los que viven en una crisis constante y están sujetos a repetitivos traumas, donde la ‘emergencia no es la excepción sino la regla (Walter Benjamin 1969) el conocimiento convencional sobre la vulnerabilidad humana y sobre la resiliencia, especialmente codificada dentro del modelo clínico del stress post- trauma es inadecuado” (36-37). No fue este el caso de los nuevos cartoneros. No fue la falta de estabilidad laboral sino el ingreso al cirujeo el que marcó un antes y un después para estas personas (ver Perelman, 2010a, 2011c). ¿Cómo lidiar con esta nueva situación?

Para empezar es posible decir que el proceso fue vivido de manera diferente por “los cirujas” en su conjunto. Para los nuevos recolectores, fue un largo proceso de naturalización que se produjo a partir de inscribir a la actividad dentro de la esfera del trabajo. A la vez, la crisis de 2001, ese largo proceso, puso en cuestión la situación de vida de miles de personas pero al mismo tiempo generó las condiciones de posibilidad para la confortabilización<sup>9</sup> del grupo de personas que

---

<sup>9</sup> La idea de confortabilizar remite a la posibilidad de producir mayor bienestar y comodidad en relación a su vida actual y a su pasado. Utilizo el concepto para dar cuenta de ello como un proceso activo de memorización (y olvidos) y reinterpretación del pasado.

venían realizando la actividad: los ahora llamados “cirujas estructurales”, “desde siempre” o “por oficio”. Estos cambios implicaron, para los que sin quererlo tenían que recurrir a la recolección informal un proceso de padecimiento y, de confortalización y orgullo para los estructurales. La crisis social que ocurrió en Argentina durante el 2001 (y los años posteriores) – ha sido un período traumático para grandes sectores de la población. Pero también sirvió para confortabilizar la vida de sectores que, por haber sido siempre pobres- encuentran herramientas para (re) memorizar su trayectoria social<sup>10</sup>. Esto es lo que ocurrió con los cirujas estructurales. Estas personas no pueden ser vistas como “los que ganaron” (Svampa, 2001) ni como los que experimentaron un descenso social (Kessler & Di Virgilio, 2008; Visacovsky, 2012), aun cuando siendo los más pobres los que suelen ser los más afectados en una sociedad empobrecida, sus condiciones hayan desmejorado (o se hayan “empobrecido”). Esta afectación generalizada del entorno que los rodeaba, produjo en los viejos cirujas la posibilidad de rever el lugar que ellos mismos ocupa(ba)n en el espacio social. De ser “los marginados entre los marginados” a ser los “verdaderos” cirujas, los que tenían coraje. Dice Visacovsky (2012) que un momento crucial del proceso de empobrecimiento (y de la caída de las clases medias) fue la “llamada ‘crisis’ económica y política, habitualmente localizada a fines de 2001. No fue la crisis el “evento crítico” (a lo (Das, 1995) para los futuros cartoneros muchos de ellos acostumbrados a vivir en la pobreza sino, justamente, convertirse en recolectores.

Como he marcado en otros trabajos (Perelman, 2010, 2011b) “empezar”, “dar el paso” era vivido como un quiebre. Fue un quiebre para estas personas y también generó la posibilidad de reacomodamiento de los que venían cirujeando. Así, el proceso de crisis social vivido durante los primeros años de la década de 2000 generaron padecimiento para un grupo de cirujas así como fue un período de reconfortabilización para otros. Todo ello en un contexto de pobreza generalizada en el que obviamente sectores concentrados de la economía ganaron mucho dinero. A la vez, el empobrecimiento generalizado funcionó como una suerte de telón de fondo en el que actividades antes mal vistas eran ahora posibles. Los nuevos cirujas contraponiendo el cirujeo a actividades delictivas reivindicaban la cultura del trabajo como un modo legítimo de ganarse la vida.

Durante los años siguientes, mientras varios sectores planteaban que Argentina estaba sumida en una crisis política y económica la realidad de los cirujas era otra. No sólo porque los nuevos cirujas fueron naturalizando la actividad, sino también

---

<sup>10</sup> Ciertamente la antropología ha prestado atención a los momentos de crisis, a los desastres como momentos de cambio social (ver Oliver-Smith, 1996, Das, Schepper- Hughes, Robben, entre otros). Los momentos críticos producen trastocamientos en las fronteras sociales, que se tornan más débiles y permeables (Visacovsky, 2012, p. 138); son espacios creativos (Das, Turner) en el que se ponen en juego los marcos referenciales y culturales.

porque el gobierno generó una serie de programas de transferencias de dinero que favorecieron las economías populares. Los planes estatales que tendieron a la universalización de derechos y a la inclusión (deficiente) de sectores de población que estaban fuera del mercado de trabajo<sup>11</sup>, la naturalización del cirujeo *qua* forma de trabajo, el proceso organizativo que los recolectores han desarrollado ha planteado una mejora en las condiciones de vida de estos sectores. Durante estos años los cartoneros fueron generando estrategias que no sólo le permitieron confortabilizar la realización de la actividad sino también, lidiar con el riesgo y la incertidumbre que implica la recolección. Para ello, han generado y mantienen relaciones personales con otros actores (Perelman, 2011a).

Si bien imposible de generalizar, los cirujas siguen siendo pobres, viven en severas condiciones de privación. El proceso de confortabilización hizo que los cirujas se plata, de que existe una crisis moral o de que los políticos roban. La realidad es otra. La situación de pobreza y sus condiciones están signadas, sin duda, por un horizonte de expectativa basado en un proceso de memorización y experienciación del pasado.

## 2- El Dólar como moneda de crisis

Mi país está “dolarizado”: la clase media está atenta a la cotización del Dólar que es pasada en los noticieros como si fuese el pronóstico del tiempo y es tapa habitual de los diarios. Los precios de las propiedades en Buenos Aires están en dólares y gran parte de la clase media calcula cuánto un producto en pesos saldría en esa moneda (y quiere ganar en pesos un equivalente en dólares) y suelen buscar transformar sus ahorros a la moneda estadounidense. En 2011, los argentinos eran los que tenían mayor tenencia de billetes de dólares per cápita fuera del país emisor<sup>12</sup>. No siempre fue así y sin duda las múltiples devaluaciones de la moneda nacional, los recurrentes procesos inflacionarios, la influencia del discurso de los “expertos” y una década de convertibilidad<sup>13</sup> han hecho lo suyo. Y a pesar de las críticas a aquel período en el que se terminó de instaurar el modelo neoliberal argentino (1989-1999), en gran parte de la clase media porteña el poder –cual si tuviese un *mana*- del billete verde ha quedado instaurado.

La actual *fiebre* por el dólar se vio favorecida por el proceso inflacionario que se viene desarrollando en Argentina desde 2003. Argentina para los economistas parece tener una “moneda enferma” (Neiburg, 2007)<sup>14</sup>. Con la intervención (en

---

<sup>11</sup> En Argentina ha existido una histórica relación derechos sociales y empleo formal. La asignación universal por hijo, por ejemplo, da cuenta de la búsqueda de desanclar esta relación. Este nuevo plan equipara las asignaciones familiares que tenían los trabajadores formales a los que están desempleados.

<sup>12</sup> <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-169059-2011-05-29.html>

<sup>13</sup> Entre 1991 y 2001 se equiparó por ley el valor del Peso argentino al del Dólar Estadounidense.

<sup>14</sup> No es mi intención discutir aquí las causas de la inflación. Me gustaría marcar solamente dos cuestiones. Una es que la inflación contribuye al deterioro de la moneda nacional y a la preferencia



2007) por parte del Gobierno nacional del INDEC el organismo encargado de la medición y creación de estadísticas se hizo difícil precisar el porcentaje real. Fuera de las cifras oficiales (que suelen ubicar en los últimos años a la inflación alrededor del 10 % anual) existe cierto consenso de que el aumento de precios es de alrededor de un 20 % -quizás un poco más<sup>15</sup>.

En el marco de algunas corridas cambiarias, en 2011 el Gobierno Nacional comenzó a tomar medidas tendientes a mitigar la fuga de capitales que se calcula, para ese año, en alrededor 16 mil millones de dólares<sup>16</sup>; y durante los últimos diez años en alrededor de 160 mil millones. El gobierno generó una serie de medidas tendientes, por un lado, a “pesificar” la *mentalidad* de la clase media y por el otro a prohibir la compra de dólares para atesoramiento. Entonces se fue creando un mercado paralelo de compra venta de divisas (el *dólar paralelo, blue, libre o ilegal* depende de quién lo llame) que contribuyó a la fiebre dolarizadora. Como si fuese una fruta prohibida, y aprovechada esta situación para los grupos económicos (muchos de ellos dueños de medios de comunicación como *Clarín*) incentivaron entonces la idea de que la Argentina estaba en crisis, que el gobierno no tenía solvencia económica y que la libertad individual (al no poder comprar dólares, lo que también implicaría la imposibilidad de salir del país) estaba en juego. El dólar entonces pasó a ser noticia cotidiana como un minuto a minuto del rating: cotizaciones del dólar “oficial” y del “ilegal” son hoy moneda corriente.

La baja en las reservas del Banco Central, la prohibición de la compra de dólares para atesoramiento, la necesidad de solicitar a la AFIP (Agencia Federal Impositiva de Argentina) la autorización para la compra de moneda extranjera para viajes al exterior (con la posibilidad cierta de que ello sea denegado), la recarga del 20 % -y ahora del 35%- a las compras realizadas con tarjetas de débito o crédito fuera del país, hicieron que la visión de que la Argentina está en una crisis terminal vaya configurándose como una realidad en ciertos sectores de la población. Este proceso no expresa (solamente) un problema económico ni financiero del país. No es mi intención indagar en las causas de este proceso sino más bien poner de manifiesto que la presión sobre el dólar y la reacción de los sectores medios no es “natural” ante *desajustes* en la economía argentina. Antes bien, remite a formas culturales e historias locales.

---

de los sectores medios en “resguardarse” en el Dólar. Nuevamente no es mi intención dar cuenta de la veracidad de esta práctica. Económicamente no ha sido siempre la mejor opción. Durante muchos años el crecimiento del Dólar era inferior al de la inflación, sin embargo, ello no ha producido que los porteños decidan otras opciones. Por otro lado, debo si marcar que resulta peligroso hablar del mercado cambiario para dar cuenta de una *crisis*. La otra es que Argentina vive sin duda una puja de poder entre diferentes sectores y grupos económicos que fueron perdiendo fuerza y que presionan vía Dólar al Gobierno nacional.

<sup>15</sup> Para el año 2012, por ejemplo, el INDEC registró un aumento de 10,8 %. Sin embargo, el propio estado en las paritarias anuales dio un aumento a los empleados públicos del 24 %.

<sup>16</sup> Se calcula que hay entre 200 mil millones y 400 mil millones de dólares *offshore* de argentinos. Ver <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-224404-2013-07-13.html>

Estas prohibiciones hablan, para “los economistas” y para cierto sector de la clase media, de los problemas que tiene la economía argentina así como de la falta de libertad (individual) que aquí existe. Durante 2012 se desarrollaron varias protestas contra el gobierno. Estas movilizaciones a las que principalmente asistía la clase media tuvo entre otras consignas de protesta “el cepo” a la compra de dólares, la falta de libertad, la corrupción, así como la inflación.



Foto de un manifestante en la protesta en Junio de 2012, en Diario *Clarín* 8 de junio de 2012.

Las crisis momentarias, como bien plantea (Neiburg, 2006), no pueden entenderse sino a partir de las significaciones locales. Así, ante un “mismo problema”, las causas, las consecuencias, las soluciones, el modo en que los diferentes sectores reaccionan y presionan debe comprenderse en función de las configuraciones locales. A nadie escapa que las expectativas sociales impactan de lleno en “la economía” y es en este contexto en el que la presión que existe cuando se presentan pujas de poder entre grupos vía dólar e inflación tenga tanto efecto. Ello posibilita pensar la existencia de una crisis económica por las modificaciones en la cotización de la moneda norteamericana. Algo similar ocurre con la inflación. Desde chico escucho decir que en Argentina los ciclos virtuosos duran 10 años, luego hay crisis. Durante esos años los profesionales y comerciantes de los

sectores medios buscan generar ahorros para el momento de las “vacas flacas”. Estas acciones contribuyen a la profecía autocumplida<sup>17</sup>.

No importan, entonces, las ganancias que los sectores medios tengan, que “les vaya bien” en comparación con los años anteriores, porque su modelo de vida está en juego. Las ganancias de los sectores medios en Argentina han sido elevadísimas. Sin embargo, existe una percepción de que está en una crisis. Cuando no es económica, es moral: el gobierno le da a los pobres a cambio de votos, se roban la plata. Poner la lupa en el “dinero de los pobres” juzgando las actitudes morales de éstos y de los que se la dan (al fin y al cabo la plata es de todos argumentan) da cuenta de las valoraciones y capacidades de decisión que ciertos sectores tienen sobre el Estado.

La antropología del dinero ha dado cuenta de que éste no es sólo un medio de intercambio. A partir del estudio del dinero es posible comprender no sólo los sentidos sociales y culturales del dinero sino también visiones más amplias de las configuraciones sociales. Las presiones y la búsqueda de los sectores medios en refugiarse en el Dólar no remiten (solamente) a algo que podría llamarse una cuestión económica. Antes bien, dan cuenta de las culturas monetarias y sociales que tiene cada país. El poder comprar o no Dólares no son *síntomas* –para utilizar la analogía médica- de un país y de una moneda enferma sino en un contexto determinado.

Resulta difícil entender para los no argentinos cómo la población de un país puede vivir una década con índices inflacionarios de más de dos dígitos. ¿La inflación *habla* de una crisis? Los argentinos estamos acostumbrados a lidiar con la inflación, con el aumento de precios. ¿Habla, entonces ello de una crisis económica? No creo que haya una respuesta única a ello. Los economistas “ortodoxos” dirán que sí, ciertos sectores de la población convivirá con ella, buscando estrategias para mantener (o incrementar) su poder adquisitivo; otros lo vivirán como un mal a erradicar. La inflación no afecta a todos por igual, resguardarse en el Dólar no es una “forma natural de ahorrar” ni un “síntoma” de crisis. Es una forma de significar el dinero (el peso argentino), es una manera de entender la historia (y el presente del país) del país.

### **3- La venta ambulante en trenes**

Volvamos a los sectores populares (y no tanto). La venta ambulante no es un *refugio* ante la *crisis* ni por la falta de un empleo formal como si lo ha sido para la mayoría de los cirujas. Las personas que la realizan buscan que sus familiares

---

<sup>17</sup> Creo, sin embargo, que existen fases de reorganización del capital en función de procesos de acumulación que se van agotando. Así, vía la creación de crisis económicas (que pueden aparecer investidas como crisis morales o políticas) se busca cambiar el modelo de acumulación para continuar adquiriendo ganancias extraordinarias.

puedan ingresar a la actividad y reivindican la tarea como una opción de vida. De hecho, muchos de los vendedores se denominan *buscas*. Ser *busca*, palabra que proviene de “busca vida”, es una forma de ganarse la vida. Implica una serie de comportamientos y valoraciones en torno a los usos del espacio, a las relaciones con otros actores y al modo en que se entiende el trabajo. Los *buscas* tienen sus lógicas, sus formas de trabajo, su pautas de consumo que los hacen *busca*. Como describe (Pires, 2013) intentan trabajar lo menos posible para ganar lo “necesario”<sup>18</sup>. Esta *lógica* de trabajo, se aprecia en el orgullo que tienen los vendedores en torno a su actividad como una forma legítima de ganarse la vida. Es una forma que va en contra de los presupuestos económicos: ganar la mayor cantidad de dinero posible.

La venta ambulante en el transporte público no tiene del todo que ver con la falta de trabajo, las “presiones impositivas” o las regulaciones en torno al empleo (como fuerza de informalización por exceso de intervención como puede escucharse por aquí). Remite a trayectorias, deseos y posibilidades de trabajo.

A partir de 2011 empecé a hacer trabajo de campo con personas que se dedicaban a la venta en trenes y ómnibus en la ciudad. Mis inicios en el campo estuvieron signados por una realidad diferente a la de mi primer trabajo de campo, el país no contaba con índices de desempleo significativos y el nivel de consumo de la población era altísimo. De hecho el proyecto que había planteado buscaba indagar en personas en situación de pobreza. Los vendedores estaban –en términos económicos- lejos de serlo. Los vendedores son personas que superan con holgura el salario mínimo. La venta ambulante se basa en el consumo, en general de mercancías baratas. Los compradores suelen ser personas de sectores medios-bajos y bajos. Los vendedores vendían mucho en los viajes: chocolates, alfajores, medias, tijeras, lapiceras, cuadernos, etc., etc. Como una vez Beto, un vendedor de gaseosas, me dijo “hay plata en la calle”.

Este hay plata en la calle, era para Beto, una muestra de que las cosas andaban bien (había plata en la calle, la gente entonces le compraba y él ganaba plata). Se contraponía para el vendedor a otros momentos de la Argentina cuando “la gente no tenía un mango y no se vendía nada” como durante la década de 1990 o la crisis de 2001. Ese mismo “hay plata en la calle” era reconocido por los economistas ortodoxos que lo interpretaban de otra forma: la “emisión de moneda” producía la inflación, uno de los problemas de la crisis que vivía Argentina. Así como en una sociedad (co)existen distintos tipos de dineros y de usos que establecen relaciones sociales, modos de entender y delimitar, también ellos implican visiones diversas

---

<sup>18</sup> La venta ambulante, sin embargo, también ha sido una forma de supervivencia en momentos de desempleo. Recuerdan los *buscas* que durante la década de 1990, cientos de personas intentaron ingresar en la actividad. Ahora bien, como el modo en que se estructura la tarea hace que los vendedores creen el circuito y lo mantengan cerrado, esto no fue tan fácil de lograr como en el caso del cirujeo. No es tema de este trabajo desarrollar este proceso. Ver (Perelman, 2013)

sobre concepciones más amplias en torno al modo en que funciona la sociedad. Es lo que algunos autores refieren como parte de las concepciones y prácticas ordinarias o “eruditas” (Neiburg, 2007), de diferentes formas de comprender el dinero y calcular las ganancias (Weber, 2002).

Volviendo a la venta ambulante, hay que decir que es una forma de trabajo que no se entiende sino como parte de un contexto más amplio. Parte constitutiva de la venta son los productos que se ofrecen. Éstos, dan cuenta de los cambios en las pautas de consumo de la población pero sobre todo de la política nacional en relación a la importación. De los productos importados baratos del menemismo se pasó a la venta de mercancías nacionales. Cuando empecé a plantear la investigación tenían en mente mis viajes en el transporte público. Desde chico me maravillaban los hombres que se subían al transporte y durante largos minutos explicaban las cualidades de las pilas, las tijeras “chinas” que se doblaban, lapiceras, los mágicos productos quita manchas, linternas, golosinas, etc., etc. Eran tiempos del alfonsinismo y de menemismo. El producto inicial que se presentaba venía acompañado de muchos otros que eran numerados por el vendedor uno por uno, el “pero esto no es todo” parecía no terminar nunca. Cuando comencé mi trabajo de campo, en 2011, reparé en que la mayor parte de los productos vendidos no eran ya las tijeritas chinas, las miles de lapiceras o quita manchas, sino más bien golosinas, medias, guías de los medios de transporte, los cds o dvds de música y películas. Aún hoy existen productos que son presentados por los vendedores como importados. Si bien puede ocurrir que los vendedores estén apelando a un imaginario instalado en torno a las importaciones y en torno a la calidad de los productos importados, también fue ocurriendo que el precio de los éstos fue subiendo. Para muchos argentinos, la dificultad de conseguir “importado” es una muestra de la imposibilidad de acceder a ciertos productos, lo que habla de un cierre de las fronteras del país. Los vendedores, en cambio, nunca cuestionaron el cambio de productos a ofrecer. Conocedores de toda una tradición imaginaria sobre “lo bueno” que es lo importado en relación a la producción nacional utilizan esta idea discursivamente al momento de la presentación del producto. Si como dije, la crisis refiere a un mundo en peligro, perdido o lejos del imaginado, los vendedores han construido su trayectoria bajo la idea de “incertidumbre” lo que hace que su vivencia sobre el trabajo sea diferente a la de otros grupos sociales. La imposibilidad de vender o conseguir un producto no es visto como una limitación sino como parte del trabajo y hasta como un desafío. Claro está, que en esta puesta discursiva, esa “falta” se va transformando en verdad.

A diferencia de los cirujas, la actividad no es producto de la *crisis* que vivió el país. Sería erróneo pensar que los *buscas* lidian con el desempleo o con la situación de crisis. Siempre enmarcado en las relaciones de desigualdad y bajo un repertorio (limitado) de posibilidades los vendedores se consideran vendedores y *rebuscársela* es parte de esa identidad que los construyen como grupo. Así,

mientras los economistas y los sectores medios hablaban de una crisis, los vendedores ambulantes, vivían una de las mejores épocas en muchísimos años. Vendían mucho, no eran perseguidos, trabajaban tranquilos. Al igual que los cirujas, los vendedores ambulantes se ven favorecidos por las políticas inclusivas de los gobiernos kirchneristas. En relación a la inflación, los vendedores parecen *verdaderos economistas* que comprenden que su poder adquisitivo se produce a partir de una mayor venta de productos.

La venta ambulante en trenes, entonces, posibilita ver macro procesos complejos que dan cuenta de los cambios en las formas de consumo y en las formas de empleo que repercuten en las subjetividades de los que no se ganan la vida en el trabajo formal. Lidiar con los cambios, aun cuando la situación empeore no implica *crisis* ni rupturas.

### **Algunas reflexiones finales. Sobre crisis, categorías nativas y clases sociales**

Es necesario recordar que no ha sido mi intención convencer al lector sobre si mi país vive una crisis o no. Intenté mostrar la complejidad de los procesos que ocurren cuando no existe un convencimiento generalizado como ha ocurrido en otros momentos (como en el 2001). Si creo que ciertos grupos de poder –con gran capacidad de incidir en los procesos sociales- intentan poner en *crisis* un modelo de país y como parte de ello se activan fibras en las que se han sedimentados “las crisis del país y que ello tiene efectos en los modos en que la realidad se produce .

A diferencia de lo que sucede en otras regiones del planeta, si nos centramos en los índices de empleo, consumo y crecimiento del producto bruto interno, la economía argentina ha vivido durante los últimos 10 años un proceso virtuoso<sup>19</sup>. Mi énfasis en la relación economía/ crisis remite a que los argumentos hoy suelen centrarse allí: o la economía causa problemas (crisis energética, inflacionaria, alimenticia) u otros procesos generan crisis económica (la falta de moral del sector político, el gasto excesivo, la emisión de moneda). La centralidad de ‘lo económico’ como la esfera (autónoma) que explica cómo la gente vive es central. Esto se debe en gran medida a que se suele pensar a la esfera económica como invadida por la política o por prácticas culturales que desvían el buen cause del mercado. Va de suyo que no comparto este diagnóstico. Sin embargo, este razonamiento tiene un impacto fuerte en la(s) visión(es) de la(s) crisis(s) que vive el país. En mi país, esta visión se ha tornado hegemónica.

Así como existen dinámicas internas y externas de reproducción del capital, cuestión es que resulta necesaria de indagar para comprender los procesos

---

<sup>19</sup> Este proceso tiene grandes déficits. Se mantienen altos índices de trabajo en negro, precario y mal remunerado, el acceso a la vivienda sigue siendo deficitario, la calidad de los servicios públicos no es buena, etc.

económicos, también existen historias locales que dan cuenta del surgimiento, desarrollo y fin de las crisis en relación a una idea de algo (país, acceso al bienestar, capacidad de imponer ideas, etc.). Leer las tres situaciones en su conjunto permite problematizar no sólo esta visión sino también la noción de crisis en tanto una normalidad (en singular) perdida o deseada. Nos permite comprender que a veces las categorías nativas son retomadas por los antropólogos olvidando que son categorías nativas, con poder de construir realidad.

Centrarse en las formas en que lo que las personas dicen, hacen y creen que hacen, las razones que esgrimen –aun cuando no sean ellos coherentes para la lógica del investigador o para los propios actores ni sean siempre formas conscientes - permite comprender los múltiples modos en que la crisis es vivida y construida. Esto permite alejarse de la idea de que hay crisis cuando el “bien común” está en juego, porque como demuestra el análisis de estas diferentes situaciones, las percepciones sobre los modos de vida son diferentes y por sobre todo porque los intereses de los diferentes grupos sociales son incompatibles. Las crisis, para los distintos grupos, tienen diferentes temporalidades y espacialidades. Dónde y cuándo empiezan, qué las causan y, si se está viviendo una crisis son cuestiones que, desde el punto de vista etnográfico, deben ponerse en cuestión.

La noción de crisis y el modo en que los actores lidian con las situaciones límites está mediada por las condiciones de clase y por las experiencias grupales. Así, ciertos sectores tienen mayor capacidad de enmarcar los procesos como crisis. De la misma forma, las formas en que se lidia con los eventos también están construidas históricamente y socialmente. Los estudios en torno a las *economías cotidianas*, o la *economía moral* (Narotzky, 2013) permiten dar cuenta de estos entramados socialmente significados enmarcados en las experiencias de clase. Al pensar que las prácticas, los sentimientos, los discursos, los comportamientos van moldeando los modos en que se comprenden las crisis, creo que es importante centrarse en el nivel de las relaciones de producción y reproducción, de los modos de dominación y de la producción de desigualdad social así como bucear en la manera en que estos procesos son vividos por las personas de carne y hueso. En este sentido, es necesario abordar la agencia de los sectores subalternos a partir de las experiencias que unifican y diferencian. Esto no quiere decir que haya homogeneidad dentro de los grupos pero sí condiciones que van construyendo moralidades y modos de comprender la realidad. Las “experiencias cotidianas” son las que permiten construir un análisis interpretativo que privilegia la óptica de clase (Fonseca, 2005, p. 133) en procesos específicos y en contextos determinados.

#### **Bibliografía**

- Das, V. (1995). *Critical events: an anthropological perspective on contemporary India*. Delhi; New York: Oxford University Press.
- Fonseca, C. (2005). La clase social y su recusación etnográfica. *Etnografías contemporáneas*, (1), 117-138.
- Kessler, G., & Di Virgilio, M. (2008). La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y Argentina en las últimas dos décadas. *Revista de la CEPAL*, 95, 31-50.
- Narotzky, S. (2013). Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles. En S. Narotzky (Ed.), *Economías cotidianas, economías sociales, economías sostenibles*. Barcelona: Icaria- Institut Català d'Antropologia.
- Neiburg, F. (2006). Inflation: Economists and Economic Cultures in Brazil and Argentina. *Comparative Studies of Society and History*, 46(3), 604-633.
- Neiburg, F. (2007). As moedas doentes, os números públicos e a antropologia do dinheiro. *Mana*, 13(1), 119-151.
- Oliver-Smith, A. (1996). Anthropological Research on Hazards and Disasters. *Annual Review of Anthropology*, 1996 (25), 303-328.
- Perelman, M. D. (2010). El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires. Visibilización, estigma y confianza. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 5(1), 94-125.
- Perelman, M. D. (2011a). La estabilización en el cirujeo de la ciudad de Buenos Aires. Una aproximación desde la antropología. *Desarrollo económico*, 51(201), 35-57.
- Perelman, M. D. (2011b). Vergüenza y dignidad. Resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas. En P. Schamber & F. Suárez (Eds.), *Recicloscopio 2. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y*



- subjetividades en América Latina* (pp. 223- 238). Buenos Aires: UNLA/UNGS/CICCUS.
- Perelman, M. D. (2013). Trabajar en los trenes. La venta ambulante en la ciudad de Buenos Aires. *Horizontes Antropológicos*, 19(39), 179-204.
- Pires, L. (2013). Entre notas e moedas: trocas e circulação de valores entre negociantes em Constitución. *Horizontes Antropológicos*, 19(39), 149-178.
- Schamber, P. (2008). *De los desechos a las mercancías: Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.
- Scheper-Hughes, N. (2008). A Talent for Life: Reflections on Human Vulnerability and Resilience. *Ethnos*, 73(1), 25-56.
- Suárez, F. (2001). *Actores Sociales en la Gestión de Residuos Sólidos de los Municipios de Malvinas Argentinas y José C. Paz* (Tesis de Maestría en Políticas Ambientales y Territoriales). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Svampa, M. (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Ullberg, S. (2013). *Watermarks. Urban Flooding and Memoryscape in Argentina*. Stockholm University, Stockholm.
- Visacovsky, S. E. (2011). Introducción. Estados Críticos: La experiencia social de la calamidad. En S. E. Visacovsky (Ed.), *Estados críticos: la experiencia social de la calamidad* (pp. 15-63). La Plata, Buenos Aires, Argentina: Ediciones Al Margen.

Visacovsky, S. E. (2012). Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis. *Pensamiento Iberoamericano*, 10, 133-168.

Weber, F. (2002). Práticas econômicas e formas ordinárias de cálculo. *Mana*, 8(2), 151-182.